

sonas de los pueblos inmediatos algunas de las cuales se implantaron definitivamente y desempeñaron funciones importantes, como Don Mariano Rico, Inspector principal de la estación y Peitaví, administrador de Correos, que eran de Tembleque y gastaron aquí su vida.

De la línea de Levante, los pueblos de la Roda, Almansa, La Gineta y hasta Chinchilla dieron un gran contingente, aunque de los demás pueblos del contorno, incluso los apartados del carril, nunca faltaban familias que contribuyeran a engrandecer la Villa, como cuantos desempeñaron cargos oficiales.

Esa heterogeneidad dió a la vida alcazareña sus rasgos distintivos de independencia, comprensión y tolerancia que la distinguen y que hacía decir a los campesinos caciques que con Alcázar no se podía contar para nada y que hacía lo que le daba la gana, lo que quería decir que votaba o no votaba al Conde según vinieran las cosas, pero el Eureka de la cuestión, como hubiera dicho Heliodoro, era la independencia que le daba a la gente la paga segura de la estación, cuyos organizadores no practicaron el proselitismo político, a pesar de tener en Alcázar instalaciones tan importante como la Bodega del Marqués y de tener éste relaciones amistosas con el Rey, cuyas cacerías en Mudela resuenan todavía y constituían en Alcázar un acontecimiento señalado y vistoso por el paso del tren Real y el movimiento de guardias y enseres a que daba lugar, tanto a la ida como a la vuelta, por ser ésta estación el punto clave del viaje en el aprovisionamiento y en la conducción del convoy que dieron a Estrella la conocida oportunidad de hablar con S. M. con su llaneza natural, pues nunca dejó el Rey de asomarse a la ventanilla mientras el tren estaba parado a recibir las aclamaciones de la

multitud que le vitoreaba y aplaudía con entusiasmo a los acordes de la Marcha Real. Aunque breve era siempre un momento de alegría general que solía celebrarse un par de veces al año que eran cuatro pasadas y daba lugar a un ajeteo considerable y en la estación andaba todo el mundo de cabeza a las órdenes de Don Mariano.

Que gentío había siempre en la estación, dando Alcázar ejemplo de su noble condición, pues no recuerdo que hubiera nunca ningún incidente desagradable estando el coche salón englobado y materialmente abrazado por las gentes y los chicos cogidos de la mano de nuestros padres más contentos que unas pascuas.

Aquellos estacionamientos del tren Real y el paso diario del Expres de Andalucía con su deslumbrante coche restaurant, daban ocasión a los alcazareños de ver el brillar de los personajes más o menos aristócratas en el momento solemne de la cena o del desayuno y muchas personas se daban el paseo solo por verlo y contemplar personajes más o menos famosos de los que hablar después, sobre todo políticos, toreros, cómicos o escritores. Le parecía a la gente que se codeaba con ellos y no cabe duda que algo se les pegaba porque los imitaban comentando su paso, haciendo cábalas sobre las motivaciones de sus viajes y ponderando sus vestimentas de etiqueta con arreglo a cada momento, porque el traje de campo o de deporte se reservaba únicamente para el momento preciso y aunque "fueran de gorra" los personajes vestían de levita y camisa almidonada con absoluta corrección.

En Madrid mismo era diario el cruzarse con los personajes y llevarlos al lado andando por la calle y yo de muchacho ví a Don Alberto Aguilera muchas veces que vivía en la calle de la Magdalena, un poco